



En sus manos  
estaba salvarla,  
en las de ella  
devolverle  
la libertad

FEAL  
AL

Corazón

NOA XIREAU

Ser reina en un mundo gobernado por hombres no podía ser fácil, sobrevivir en un mundo regido por las traiciones y la ambición aún lo era menos.

Nací para ser reina; Kaden para protegerme.

Él era todo lo que me separaba de la muerte, mi tabla de salvación... también era mi perdición, todo lo que no podía tener y aquello con lo que no debía soñar.

A Naitora y Paz Fernández, sin vosotras esta historia no habría sido la misma.

## Kaden

***Él era el único que podía salvarla, ella la única que podía liberarlo***

## Nota de la autora

**E**sta novela es una “fantasía” por cuanto que usa una ambientación medieval, pero no está basada en hechos reales.

La protagonista, tiene una mentalidad y actitud que difícilmente se habría dado en aquella época; las mujeres se casaban a edades tan tempranas que una escena erótica habría sido un enaltecimiento de la pederastia; y los baños eran tan raros que plantearme un toque de sensualidad en esas circunstancias habría superado la capacidad de mi ingente imaginación.

¿Conclusión? En esta novela no hay máquinas del tiempo, ni bombillas que funcionen con magia demoníaca, pero si eres una lectora que siente alergia por las licencias que a veces nos tomamos l@s autor@s y le chirrían los dientes si tiene que dejar volar la imaginación, quizá sea mejor que te lo pienses antes de leer este libro.

Bienvenid@ a uno de mis reinos imaginarios, espero de corazón que disfrutes viajando por él.

# Capítulo 1

María



*Reino de Lanlow*

**L**issy y yo intercambiamos una mirada divertida cuando el carruaje cogió un bache y los ronquidos de mi tía resonaron en el pequeño espacio como los gruñidos de un cerdo al atragantarse. Ambas nos tapamos la boca para acallar nuestras risitas, aunque no sirvió de mucho. Mi tía abrió un ojo y se incorporó. Frente a mí, mi tutor, nos echó una de esas miradas recriminatorias con las que pretendía aleccionarnos, pero le traicionó el leve temblor en la comisura de sus labios y que escondiera sus manos bajo su hábito de fraile.

–¿Cuánto falta? –Mi tía se limpió apresurada el fino hili-llo húmedo que le caía por la barbilla.

Solté un profundo suspiro. ¿Cuántas veces le había respondido a la misma pregunta desde que habíamos salido de la posada al amanecer? Con su acostumbrada cortesía, Fray Roland se asomó por la ventana.

—El paisaje se está volviendo cada vez más empinado y los bosques más frondosos, Crowshead ya no debe estar demasiado lejos.

Mi tía asintió con expresión agria, apretó los labios y se limitó a estudiar enfurruñada una protuberancia en la madera algo desgastada de la puerta.

—¿Desea algo de comer, tía? —Señalé la cesta que tenía a mis pies.

Si a mí me dolía la espalda y estaba desesperada por estirar un rato las piernas, ella, con su corpulencia y más del doble de edad, debía de encontrarse agonizando. Negó abstraída hasta que de repente se puso rígida y le lanzó una mirada a fray Roland.

—¿Podemos hacer una parada?

Mi tutor puso cara de «¡¿aquí en medio de la nada?!», pero acabó por asentir con un disimulado suspiro.

—Por supuesto, lady Grey.

Sacando su bastón por la ventana, dio varios golpes en el techo del vehículo indicándole al cochero que frenase. Enseguida se acercó el oficial de la escolta que nos acompañaba.

—¿Ocurre algo, padre?

—Lady Grey desea hacer un alto.

El hombre estudió con rostro grave el trayecto por delante y detrás de nosotros.

—No es el mejor sitio. El camino es estrecho y, en caso de una emboscada, el carruaje tendría problemas para girar si nos cerrasen la huida hacia el frente. Tampoco es un buen lugar en el que dividir a los hombres.

Fray Roland hizo un gesto de confirmación como si se hubiese esperado aquella respuesta, pero mi tía resopló y se bajó del carruaje.

–Si nos atacan, lo mismo da que sea aquí que dentro de cien metros y prefiero tener la vejiga vacía de darse el caso –gruñó con una mueca mientras arqueaba la espalda con un gimoteo y las manos en la cintura.

–La acompañaré –me ofrecí cuando quedó claro que la decisión ya estaba tomada–. Lissy, ¿vienes?

La chica asintió reajustándose inquieta su túnica. No es que me hubiera esperado otra cosa, podíamos ser amigas, pero Lissy jamás olvidaba cuál era su posición como mi sirvienta.

–No tienes que venir si no quieres –le recalqué con tranquilidad, a sabiendas de lo miedosa que era.

Lissy negó.

–Como dice milady, hay cosas que es mejor enfrentarlás con la vejiga vacía.

Apenas habíamos entrado en la línea de la arboleda cuando mi tía se giró hacia nuestra escolta.

–¿A dónde creen que van? –preguntó con los brazos en jarras a fray Roland y al oficial, que iba seguido por uno de sus soldados.

Los hombres se miraron entre ellos y no me pasó desapercibido cómo el joven soldado apartó incómodo la vista en tanto que Fray Roland se masajeó el puente de la nariz. Me mordí el interior de la mejilla para no reír. Dudaba mucho que ninguno de ellos quisiera espiar a mi tía mientras se levantaba la saya. El oficial era lo suficientemente atractivo como para no echar en falta la atención femenina en su vida y el joven soldado tenía ese tipo de facciones lindas que le hacían a una desear robarle un beso en la parte trasera del establo.

–No vamos a permitir que se adentren a solas en el bosque, nos quedaremos a una distancia prudencial –el tono del oficial era de pura resignación.

–Está bien así, tía –intercedí–. Tras unos arbustos o un buen tronco no la verán, y nos avisarán si viene alguien –murmuré solo para ella cuando por su semblante quedó

patente que estaba a punto de aclararle al pobre hombre dónde se podía meter su «distancia prudencial».

—Al menos guarda tu capa, María. ¿Cómo pretendes hacer una entrada grandiosa en Crowshead si llegas como si fueras la hija de un herrero? —me reprochó, con la mirada sobre el borde de la lujosa piel de armiño blanco que remataba mi larga capa azul, en la que ya se habían enganchado algunas ramas y hojas secas.

Con un suspiro, la deslicé por los hombros y se la entregué a Lissy.

—¿Te importa dejarla en el asiento? —Me froté los brazos en un intento por contrarrestar el frío.

—Tome la mía. Hace fresco y tampoco queremos que enferme. Cogeré la manta para envolverme —se anticipó Lissy a mi protesta.

Colocándome su capa, mi tía y yo retomamos el camino. Si había esperado que mi tía siguiese teniendo prisa, por desgracia me equivoqué. Su vejiga pasó a un segundo plano y no cesó en su búsqueda del mejor sitio para aliviarse hasta que encontró un viejo abedul con un enorme tronco, flanqueado por varios arbustos.

—¿Necesita ayuda, tía? —le pregunté apenas acabó su gemido de placer desde detrás de los arbustos.

De repente, alguien me tapó la boca y tiró de mí hacia el suelo.

—¡Shhh! —El oficial señaló una mancha oscura a unos treinta metros por delante de nosotros.

Me llevó unos instantes discernir que se trataba de un hombre agazapado de espaldas a nosotros y, aún más, detectar a otras siete figuras que también se ocultaban. Con un vistazo asustado sobre mi hombro, comprobé que el joven soldado se había hecho cargo de mi tía. Fray Roland, por su parte, se encontraba encorvado tras un roble y rodeaba su cruz con ambas manos.

—¡Lissy! Tenemos que avisarla a ella y a los demás —surré lo más bajo que pude.

El oficial vaciló como si le costara tomar aquella decisión.

—Iré yo, pero necesito que se quede aquí escondida. Será menos peligroso para mis hombres si no tienen que estar protegiéndolas a vuestra merced y a su tía. Tiéndase y cúbrase de hojas secas, mientras menos visible sea, más segura estará y, sobre todo, no haga ruido.

Asentí aterrada. ¿Qué otra cosa podía hacer? Como si fueran una máquina bien engrasada, bastaron algunas cortas señales del oficial para que fray Roland se aproximase a nosotros, refugiándose conmigo entre los matorrales.

Apenas habían pasado unos minutos de la marcha del oficial, antes de que comenzaran a oírse gritos de batalla y el estruendo de las armas al chocar. Sin la necesidad de presenciarlo era fácil adivinar qué alaridos eran de rabia y cuáles de dolor. Aún así, no mirar era lo más difícil que había hecho en mi vida. Fray Roland permaneció con los labios apretados, pero, lejos del nerviosismo que habría esperado de un religioso de cierta edad como él, conservaba una férrea calma.

—¡Corra! —El rugido urgente del oficial, que se oyó desde la contienda, me llegó hasta los huesos.

Asustada miré a mi tutor. No hubo ocasión de formular preguntas. Un agónico chillido femenino atravesó el bosque.

—¡Lissy! —Intenté incorporarme llena de pánico, pero el peso de fray Roland me aplastó sobre el terreno y su mano acalló mis sollozos con eficiente frialdad.

—Demasiado tarde —murmuró con pesar—. Nos matarán a todos si nos descubren.

El mundo, el tiempo, todo pareció detenerse a mi alrededor mientras seguían sonando algunos los gritos, los lamentos de los heridos, las voces camufladas de los desconocidos, los relinchos de los caballos y lo que suponía que

era el estruendo de nuestras baúles al estamparse contra el suelo.

Cuando las voces se alejaron y se hizo el silencio, fray Roland me mantuvo atrapada durante un buen rato más. Por entre las copas de los árboles iban entrando algunos rayos de sol que parecían irreales, casi mágicos. Deseé perderme en ellos para que me trasladasen a otra dimensión, cualquier cosa por no tener que enfrentarme a lo que me esperaba cuando me levantara. Pero los deseos eran solo eso, la ilusión de alguien que se aferra a la más exigua esperanza con tal de no enfrentar la realidad.

El soldado que había estado junto a mi tía apareció a nuestro lado con una expresión hermética, como si se hubiera obligado a no sentir.

–Parecen haberse ido. Iré a comprobar si queda alguno de los atacantes en la retaguardia –le informó a fray Roland en murmullos–. Se han marchado en la misma dirección a la que nos dirigíamos. Si me ocurre algo, será más seguro que regresen hasta el último poblado por el que hemos pasado.

Fray Roland asintió y aligeró el peso con el que me mantenía aprisionada, pero no me liberó hasta que el soldado regresó. Mi tía se acercó enseguida a mí y se lanzó a mi cuello con un sollozo.

–Se han ido –anunció el soldado–. No eran ladrones, excepto sus heridos, no se han llevado nada más.

Mi tutor escrutó el paisaje con una mirada distante, como si considerase la información.

–Era de prever. El populacho no posee espadas como esas. Había al menos dos caballeros nobles entre ellos y el resto eran sin duda sus hombres o mercenarios.

–¿Y Lissy? –Mi voz salió tan apagada y temblorosa que apenas se escuchó.

–Cielo... –Mi tía me abrazó cuando el soldado apartó la mirada.

No esperé a que me revelasen lo evidente, me alcé las faldas y corrí dando tumbos en busca de la que había sido mi amiga y compañera desde el día que mi tía me acogió en su hogar. La encontré al principio de la arboleda, tendida bocabajo, la cabeza ladeada, los ojos abiertos de par en par y el horror aún reflejado en su semblante.

Fray Roland se arrodilló a mi lado y le cerró los párpados mientras murmuraba una oración.

–Era una buena chica –comentó después de hacer la señal de la cruz.

–Llevaba puesta mi capa. –Mi voz se quebró.

–Sí, te era fiel. –Fray Roland me apretó la mano.

–¿Por qué iba a llevar mi capa si dijo que cogería la manta? Ella nunca se ponía mi ropa –balbuceé.

–Era una chica lista. Sabía que venían a por ti y que si no te encontraban saldrían a buscarte. –La compasión en los ojos del fraile fue inconfundible mientras dejaba que sus palabras penetraran en mi mente.

–¿Ha dado la vida por mí? –musité.

–A ella ya no le quedaban esperanzas, la habrían matado de una u otra forma. Seguro que lo intuía y tomó la decisión más noble.

–¡Oh, Dios! –Me tapé el rostro y rompí a llorar.

–Hemos de marcharnos, cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayor será el peligro. Además, algunos de los heridos aún siguen vivos. Debemos atenderlos y llevarlos al pueblo más cercano. ¿Puedes ayudar?

Asentí agradecida de que me diera una tarea que no me permitiese pensar demasiado.

Después de atender a los heridos y subirlos como pudimos al carruaje junto a los muertos, me volví hacia fray Roland y el soldado, quienes discutían en voz baja. Ambos se callaron cuando me acerqué a ellos.

–¿Qué ocurre? –exigí.

–Tenemos dos opciones –me explicó mi tutor con su usual paciencia–. Regresar por donde hemos venido, de-

jar a los heridos en un lugar seguro en el que puedan ser atendidos y procurar llevaros a ti y a tu tía a la protección de su ducado, o seguir adelante para que puedas reclamar tu trono. Aunque ahora carecemos de la más mínima defensa si vuelven a venir a por nosotros.

–En apariencia la primera opción sería la más factible y segura. ¿Cuáles son los inconvenientes? –Lo conocía lo suficiente como para sospechar que no me habría presentado una alternativa si tuviera una solución indiscutible.

–Fueran quienes fuesen esos atacantes, es muy posible que acaben por enterarse de la existencia de dos mujeres viajando junto a un grupo de soldados malheridos. En cuanto lo hagan, vendrán a por nosotros con el propósito de terminar su trabajo. También te mostrará como una persona débil y dependiente que huye ante el más mínimo obstáculo, lo que no favorecerá en absoluto tu ya de por sí inestable posición como la sucesora de tu tío.

Si ser una mujer joven en el trono iba a resultar difícil, más aún lo sería si daba muestras claras de debilidad. No necesité que me explicase más y elaboré mi propia lista de posibilidades.

–En ese caso, solo nos queda la tercera opción –decidí al fin.

–¿Sí? –Mi tutor no parecía sorprendido de que le propusiese una vía diferente a las que él me había ofrecido.

–Llevará de regreso a mi tía junto a los escoltas heridos –le indiqué al soldado.

–No puedo abandonarla sin protección, vuestra merced –objetó el hombre–. Mi deber es protegerla por encima de cualquier otra persona.

–Y eso es justo lo que hará. También se llevará a Lissy. De esa forma recibirá el funeral que se merece a su llegada a Goodshire. Entretanto, la gente la confundirá conmigo y creerá que he muerto. De ese modo, yo y fray Roland podremos seguir nuestro viaje con tranquilidad. Nadie espera que la futura reina llegue a caballo, acompañada solo

por un religioso. Una vez en Crowshead, no podrán atacarme en público y habremos superado el primer escollo. En cuanto llegue a casa de mi tía, ocúpese de elegir a hombres de confianza que puedan venir a apoyar a mi Guardia Real. Eso ayudará a reforzar mi seguridad.

–¿Y luego? –indagó Roland complacido.

–Tendremos la oportunidad de plantearnos ese *luego* mientras viajemos. ¿No has dicho que debíamos partir cuanto antes?

Intenté aparentar fortaleza y calma mientras me despedía de mi tía. Vi cómo el soldado se llevaba el cuerpo ensangrentado de Lissy al carruaje y la depositaba en lo alto del techo, junto a uno de los heridos. Al observarlo, no dejé de preguntarme qué sería lo que me esperaba cuando llegase a mi destino, un sitio en el que, a todas luces, me deseaban muerta.

## Capítulo 2

Kaden

 Imagen

**A**ntes de que pudiese dar un paso para salir de detrás de la esquina en la que me había estado ocultando, un conocido rostro femenino apareció frente a mí con una radiante sonrisa.

–¿Qué tal un ratito a solas, capitán? –Las cejas rubias se arquearon en una provocación casi tan abierta, como la mano femenina que fue deslizándose por mi estómago acompañado por un lento ronroneo—. Contigo sería capaz de pasarlo gratis.

Sonreí divertido ante el descaro de Sira, una de las camareras más codiciadas de la taberna del Pato Cojo, y le sujeté la muñeca antes de que alcanzase terreno peligroso.

–¿Eso no sería desperdiciar un tiempo valioso para una mujer como tú? –Me llevé su mano a los labios y le besé la parte interna de la muñeca con estudiada delicadeza.

–Una también tiene que consentirse un capricho de vez en cuando –murmuró Sira, recorriéndome con la mirada sin enmascarar el apetito en sus ojos verdes.

–Lo tendré en cuenta, pero me temo que ahora mismo estoy de servicio.

–¿Qué tal a media tarde? –Poniéndose de puntillas, se inclinó hacia mí regalándome un tentador vistazo a su es-